

González #178

CIRCULA EN EL DEPARTAMENTO DE ARTE
FACULTAD DE ARTES Y HUMANIDADES, UNIVERSIDAD DE LOS ANDES

Si desea estar con *González*, envíe su colaboración al correo electrónico:
hojagonzalez@gmail.com

ARCHIVO: <http://areadeproyectos.org/gonzalez>

lunes 14 de marzo, 2011

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Alejandro Giraldo

La Piedrita

V. La Voz Primordial y La Piedrita

El sonido de un leño rompiéndose y cayendo lo despertó del trance. Miró a su alrededor para descubrir dónde se encontraba, y al ver las sombras danzantes y calladas en las paredes amarillentas recordó el lugar y cómo había llegado hasta allí. Pero de repente lo invadió una incertidumbre: ¿por qué había llegado a esa cocina? No lograba recordar la razón de su travesía y ello le molestaba terriblemente. Pensó que una manzana le ayudaría a recordar, pero cuando fue a mirar, en lugar de frutas se encontró con dos ojos verde esmeralda que lo miraban fijamente.

En ellos reconoció al conejito blanco que antes había desaparecido por entre la ventana. Buscó detrás de él las manzanas, pero éstas habían desaparecido. Las buscó por toda la cocina, sobre todas las superficies, pero fue en vano. Entonces miró al conejo y con voz clara y autoritaria le preguntó: “¿Dónde están mis manzanas?”.

El conejo no se inmutó, por lo cual el pequeño repitió su pregunta. Oyó una voz entonces que no provenía de ningún lado pero tampoco era omnipresente. La voz le dijo: “¿tus manzanas? ¿Quién te dijo que eran tuyas?”. Perplejo, el niño miró al conejo pensando que la voz venía de él.

“Pues... estaban ahí, y no había nadie aquí...” dijo, ahora con tono apagado. “... Y pues tenía hambre”. Terminó mirando al conejo, justificándole a aquél sus acciones. “Tenía hambre y comí dos manzanas”. El conejo seguía mirándolo fijamente, quieto y concentrado. “Entonces ¿viniste hasta aquí porque tenías hambre?” dijo la voz después de unos segundos. “S-sí...” respondió el niño titubeando. “Ee-eso creo...”

Los ojos del conejo parecieron centellear por unos instantes, y luego oyó que de su boca salía un “nn-no...”. La voz entonces se volvió clara y pareció cobrar una fuente de origen. “Entonces, si no viniste porque tenías hambre, ¿para qué has venido hasta aquí?”. El niño miró al conejo fijamente, sorprendido de la atención que éste le prestaba. Era claro para él que la voz no provenía del animal, en absoluto. No, la voz provenía de su interior, de sí mismo. Era su voz, era él.

“¿Para qué has venido hasta aquí?” se repitió a sí mismo. “¿Para qué me trajiste hasta aquí?” se oyó decir desde adentro. “¿Para qué vine hasta aquí?” se dijo ahora claramente. Miró a su alrededor, y notó la tenue luz y las sombras danzantes, notó las rojas y moribundas llamas que ardían con esfuerzo dentro del horno a un lado de la habitación. Y finalmente su mirada cayó sobre el par de esmeraldas que eran los ojos del conejo y su resplandor le recordó algo que él deseaba con intensidad.

“Es hora de irse” dijo claramente su boca, a lo que el conejo reaccionó y saltó hacia la ventana. Aterrizó nuevamente sobre el borde y miró fijamente al niño. El pequeño se acercó a la ventana y apoyó sus manitas sobre las puertas pero no las abrió. “Tras las puertas hay rejas... y luego el jardín.” Se dijo mirando al conejo, sintiéndose decepcionado. No entendía por qué de repente dudaba en abrir las puertas, si sabía que las rejas no eran inexpugnables. No entendía por qué de repente sentía que había perdido tanto tiempo. No entendía por qué de repente tenía miedo de ver lo que habitaba más allá de la ventana, si ya había estado allí.

El conejo lo miró pacientemente mientras él vacilaba en sus pensamientos. Más que nunca se llenó de ansiedad y miedo, de dudas y de realismos y lógicas extrañas, sentimientos que hasta estos momentos jamás había sentido. Y se sintió viejo y cansado, y sin rumbo y terminó por bajar sus manitas y mirar al suelo como niño regañado.

De sus ojos brotaron lágrimas de cristal que bajaron como ríos por sus mejillas y aterrizaron en el duro piso de baldosa. Y mientras las veía caer, le recordaron diamantes y perlas como los que solía usar a menudo su abuela antes de morir. Y pensó no sólo en diamantes y perlas, sino también en rubíes y zafiros, y esmeraldas y jades, y mármoles y piedras de todos los colores y texturas, de miles de fra-

JUEGO DE REGLAS EDITORIAL

González es una publicación del Departamento de Arte / *González* solo publicará textos y colaboraciones que tengan como remitente a correos de “uniandes.edu.co” y bajo el crédito de la persona que los envía. En caso de que sean enviados por miembros de la universidad ya graduados o profesores retirados que no tengan este tipo de cuentas de correo se verificará su vinculación / En los textos donde se haga mención explícita a una persona del Departamento de Arte, o a miembros o dependencias de la universidad, se enviará copia de ese correo a los sujetos en cuestión con el fin de ofrecer la posibilidad de una contracrítica en el próximo número de *González* / *González* publica lo que se quiera hacer público, todo lo que quepa en esta hoja de papel. Esta hoja circula por impreso y por correo al comienzo de cada semana del periodo académico.

gancias y sabores. Miles de piedras que reflejaban miles de luces y centelleaban con la luna y el sol, como las lágrimas y los ojos, y las flores y el cielo. Y recordó de pronto aquello que le esperaba enredado entre un crespado de piedra en la cabeza del olvidado Rogelio. Recordó al fin su pequeña piedrita.

Entonces no titubeó más y apoyó sus manos sobre las puertas de la ventana y empujó con fuerza. Poco a poco las puertas cedieron y dejaron entrar los dorados rayos de un sol de la tarde que antaño había visto en su juventud. Y mientras más empujaba, más luz entraba por entre las puertas. Era una luz cegadora pero cálida, que se colaba entre los huesos y alegraba el alma. Sintió que lo refrescaba y lo rejuvenecía, le quitaba el cansancio y tersaba su piel. Y cuando por fin las puertas estuvieron abiertas, pudo ver frente a él una pequeña plazoleta de prado verde rodeado de unas murallas blancas y polvorientas. Y en el centro, tal y como él recordaba, se erguía callado y solitario Rogelio de Jesús Castellanos. Entonces se llenó de emoción, una emoción infantil e inocente y sintió que pronto obtendría aquello por lo cual había añorado todo este tiempo.

Pero de repente se asustó. Agarrada a los pies de Rogelio se encontraba una figurilla que trepaba trabajosamente hacia la cabeza. Aquella figurilla tenía los ojos fijos en un cierto objeto que centelleaba con mil colores. Entonces él desesperó. “¿Qué voy a hacer?” preguntó ansiosamente. “Ir por la piedra” respondió su voz. “Pero, ¡está tan lejos! Es inalcanzable...” Miró al conejo, pero éste ya no estaba. Vio entonces una manchita blanca que se movía rápidamente por el prado, allá abajo. “También lo eran las llaves, hasta que abriste la puerta y dejaste entrar más luz. Y el conejito, hasta que lo acorralaste. Y las manzanas, hasta que saltaste. ¿Dónde quedó tu determinación? Tú eres el que impone las rejas y los espacios vacíos entre yo y mis deseos... tu lógica no me ayuda”.

Entonces recordó bien por qué se había adentrado al callejón, por qué había entrado en primera instancia al jardín. Y con voluntad renovada y emoción encendida, miró alrededor y encontró una escalera. Sin dudar, la apoyó en el alfeizar de la ventana y comenzó a extenderla con sus manos hasta que logró encajarla en los hombros de Rogelio, sin preguntarse cómo se estiraba, ni a qué horas había aparecido esa escalera. Y por ella trepó y se lanzó hacia su piedrita.

Caminó rápidamente, pues la otra figura ya estaba llegando cerca. Apuró sus pasos, cuidando de no perder el equilibrio y caer. Tropezó un par de veces, pero se sostuvo de la escalera, dándose cuenta que aquella figurilla también tropezaba con él. Se irguió con prisa y se lanzó sobre la piedrita cuando ya la tenía al alcance. Su mano se abalanzó al tiempo que la mano de la figura, y en el momento en que sintió que la tenía entre sus dedos miró victorioso a la figurilla pero quedó perplejo. Allí vio su rostro devolviéndole la misma mirada victoriosa e inocente.

Miró entonces la piedrita y vio que sólo había una mano sosteniéndola: la suya. Y sintió un regocijo inmenso dentro de sí, y cogió la piedrita entre sus dedos y la acercó a sus ojos. Y la vio brillar y centellear. Y brilló con los colores de las paredes del pueblo, con el blanco viejo y el polvo rojizo, brilló con el color azul aguamarina del cielo encima suyo, y reflejó las largas y azules sombras del crepúsculo pálido y naranja. Y sus manos la sintieron lisa y áspera a la vez, de todos los colores de las flores del jardín, y verde como los ojos del conejo, y roja como las manzanas dulces y arenosas que en algún punto se había comido. Y la sintió fría como el viento frío, y caliente como el dorado sol de estío. Entonces lo abandonó la duda, la ansiedad y el miedo, y sólo sintió satisfacción.

Y allí se quedó un largo rato, mirando su piedrita y olvidando sus extrañas aventuras, hasta que oyó que un viento ajeno al lugar traía consigo una voz de mujer que lo llamaba por su nombre. ¡Rogelito! ... Rogelio de Jesús, ¿dónde te has metido, por todos los Santos? Guardó la piedrita en su bolsillo y miró a su alrededor. No veía por ningún lado el conejito, ni tampoco la ventana por la cual había salido... no había más que paredes blancas y sucias, abandonadas. Finalmente miró hacia abajo y vio una escalera tumbada en el piso, y con cierta decepción se preguntó: “¿Y ahora cómo demonios voy a bajar?”.

FIN

—Alejandro Giraldo

PUBLICACIONES

—frases de escritores (no de escolares)—

Un escritor llamado Yukio Mishima imagina un marino que perdió la gracia del mar y navegando se encuentra con los guardianes del día y la noche. Ellos son los custodios del cambio, viven en el horizonte y desplazan la noche y el día; inician la metamorfosis del mundo.

Pienso que para esta tarea no hacen falta los escritores, no hace falta que activen o den origen a la metamorfosis: el cambio ocurre constantemente, sólo hacen falta personas que se den cuenta de ello. Personas no mecanizadas, que no sólo aspiran a las cimas solitarias y frías, cualquier persona que se hastíe del riguroso ritmo del día y la noche.

Cualquier lobo estepario que guarde dentro una variedad microscópica de estados del alma, una turbulencia de alta mar.

Ni los escritores ni nadie “debe ser” de ninguna manera para permitir la existencia del cambio; la vida es arrasadora y aplasta como la muerte, el cambio es inevitable.

La metamorfosis se hace sola. Nadie es responsable por ella.

Si acaso los guardianes del día y la noche, que eternizan la metamorfosis dentro de la rutina cósmica.

—Irene Velazco

Reunión de garzas

El arte como héroe; el arte pedagógico y dinámico; arte constructivo y arte democrático. El arte es un superhéroe. Hablar del arte es hablar de la ridiculez, de lo patético, de la belleza, de la fealdad, del cuerpo, de lo político, de algún modo, en actividad, de sensibilidad consiente y lucidez. Grita el anfitrión de un *talk show* americano para garzas, extrañamente gordas y rosadas. De manera casi obscena e inexplicable las garzas ríen agitadas, e incluso parecen felices, dichosas y exaltadas disfrutan de su locutor mientras se les sirve, a manera de tentempiés, un pequeño tipo de anfibios y crustáceos, sobre bandejas rebosantes de baba y moco. En lo ridículo e insoportable de su sueño el hombre o la mujer que lo sueñan despiertan en mitad de la madrugada y en los segundos de vigilia procuran cambiar el curso de la pesadilla, pues las garzas son demasiado inusuales como para soñar con ellas y obligarlas a desaparecer terminaría por arruinar lo que queda de sueño. Lo que sigue puede parecer verdad, demasiado real como para mencionarlo y parece que usted, lector, está aquí en el punto del escepticismo y la desconfianza. De todas formas, ni siquiera yo, el autor, nada parecido a una garza, me arriesgo con las palabras para mencionarlo.

—José Guillermo Sarmiento

Continuar

El artista, como el escritor, puede preguntarse sobre la utilidad de su trabajo. Cuando algo es útil puede ser usado para llegar a otro algo, y éste último, dentro de su utilidad, podrá ser usado para seguir avanzando.

Elias Canetti, en su discurso *La profesión de escritor* dice: “En un mundo consagrado al rendimiento y la especialización, que no ve sino cimas a las cuales aspira en una especie de limitación lineal, que, a su vez, dirige todas sus fuerzas a la fría soledad de sus cumbres, pero que descuida y confunde lo que tiene al lado, lo múltiple y lo auténtico, que no se presta a servir de puente hacia ninguna cima;”. El mundo es la gente que mira en una sola dirección. Es la gente a la que se le ha inculcado una serie de ambiciones y “cimas” directamente relacionadas con lo sano, lo bonito, lo ético y lo estético. Se trata de unas ambiciones que viven en constante transformación. Una transformación tan veloz que solo permite mirar para adelante y que esconde sus características formales. Se le recomienda entonces al escritor, y también al artista, que en este mundo revolucionado, mire más hacia los lados y menos hacia arriba.

Miren un poco a su alrededor. Miren la ciudad en la que vivimos, pero mírenla en el sentido más puro de la palabra. Piensen en describir lo que ven y luego, como dice Georges Perec en *Especies de Espacios*:

“Continúen,

Hasta que el lugar se vuelva improbable

hasta tener, durante un breve instante

la impresión de estar en una ciudad extranjera, o, mejor todavía, hasta dejar de entender lo

que pasa o lo que no pasa, que el lugar

entero se vuelva extraño, que ni siquiera se sepa que eso se llama una ciudad, una calle, unos edificios, unos andenes...”

—Antonio Bermúdez

Cuando escribo, siento que tengo que convertirme en alguien absolutamente diferente. Comienzo a perderme a mi misma, y la sensación que me invade es que debo pensar fuera de mí, que debo dejar de estar ensimismada y comenzar a pretender algo que va más allá de mí misma. Lo que usualmente me sucede es que me acoge un nerviosismo al poner mis manos sobre el teclado, siento una inseguridad abrumadora, mis manos se congelan, y mis dedos comienzan a funcionar de una manera mucho más lenta. Lo único en lo que puedo pensar es: ¿y si mis palabras no son lo suficientemente concretas, interesantes o bonitas, qué será de mí? Si no son dignas de ser leídas por alguien más qué va a suceder?

A pesar de que me siento a escribir sola, sin música, y con las puertas cerradas, se que en algún momento esas palabras que imprimí sobre un papel van a ser leídas por alguien más. El hecho de que sea una construcción tan privada y llena de emociones íntimas, no implica que yo voy a ser dueña de esas palabras por siempre. Muchos van a tener la elección de adueñarse de esas palabras, de esas líneas, y en el cerebro de cada uno de esos lectores va a existir un pedacito de mí.

Para calmar la ansiedad, dejo de lado esa pretensión que trae consigo la escritura, y no dejo que el término escritora me invada la cabeza. El único pensamiento que permito que circule mis pensamientos es el de verme a mi misma como “alguien que escribe”.

—Cristina Núñez

enviado a hojagonzalez@gmail.com por Martín López



“No concibo otra forma de escribir que en primera persona. Es la única real y sincera, porque ¡cómo va a saber un pobre hijo de vecino lo que están pensando dos o tres o cuatro personajes! ¡No sabe uno lo que está pensando uno mismo con esta turbulencia del cerebro va a saber lo que piensa el prójimo!”

—Los días azules, Fernando Vallejo